

Humanidad y Naturaleza: relatos en la era de la emergencia climática

ÁLVARO SAN ROMÁN*



Arias Maldonado, M. (2018). *Antropoceno, la política en la era humana*. Taurus, 254 pp.

Moore, J. (2020). *La trama de la vida en los umbrales del Capitaloceno*. Bajo Tierra, 324 pp.

Sloterdijk, P. (2018). *¿Qué sucedió en el Siglo XX?* Siruela, 224 pp.



En el año 2000, recién inaugurado nuestro siglo, el premio Nobel de química Paul Crutzen acuñó el término “Antropoceno”. Con ese concepto, Crutzen vino a sintetizar la poderosa idea de que la humanidad había adquirido un poder suficiente como para convertirse en una fuerza geomórfica; más allá de glaciaciones, vulcanismos o neptunismos, la humanidad se posicionaría hoy como la causa principal de la modificación planetaria. Y en efecto, parece haber un gran consenso, que viene a apuntalar el concepto “Antropoceno”, de que no solo el cambio climático, sino también la degradación de la biosfera, el colapso de la biodiversidad, las alteraciones bio-geoquímicas, son responsabilidad del *anthropos* (de la especie humana *in totum*).

Sin embargo, lejos de tal consenso y en contra de este relato de la especie, el relato cultural se yergue como alternativa narrativa. Cada uno de ellos, aunque compartirán ciertos diagnósticos, establecerán su propio momento fundacional como propuesta interpretativa de nuestra era. Con el fin de poner en diálogo ambas narrativas, nos acercaremos a la obra *Antropoceno, la política en la era humana*, de Manuel Arias Maldonado, citaremos conceptos clave que maneja Peter Sloterdijk en su reciente trabajo titulado *¿Qué sucedió en el Siglo XX?*, y profundizaremos en *La trama de la vida en los umbrales del Capitaloceno*, de Jason Moore.

Lo haremos comenzando por exponer el lugar común que comparten: la asunción de la interrelación binomial sociedad-naturaleza para, seguidamente, acercarnos a las principales ideas de cada relato a fin de evidenciar sus discrepancias, para finalmente proponer una tercera posibilidad narrativa, con su propio momento fundacional, como abordaje alternativo a nuestra era.

* **Álvaro SAN ROMÁN**, Graduado en Filosofía por la UNED; máster en Filosofía Teórica y Práctica por la UNED; actualmente cursando el Título de Experto en Historia y Filosofía de las Religiones por las UNED. Sus áreas de interés son la Teoría Crítica, la antropología filosófica y la filosofía de la religión.

I. La influencia humana: interrelación sociedad-naturaleza

Nuestros autores enmarcan sus reflexiones en lo que Peter Sloterdijk llamó “el final de la despreocupación cósmica” (Sloterdijk, 2018, p. 17), ese momento en el cual el ser humano no puede eludir por más tiempo la conciencia de su poder sobre y su dependencia de este planeta que habita. La imbricación de sociedad y naturaleza ha emergido con total evidencia precisamente en el momento en que la sociedad se ha visto asaltada por ciertas amenazas naturales asociadas al cambio climático, producto del quehacer de esa misma sociedad. Esta relación dialéctica es la que Jason Moore, a partir de la ecología marxista, reivindica a través de su propuesta del concepto *Oikeios*. Para Moore, *Oikeios*, etimológicamente “lugar propicio”, “es una manera de nombrar la relación creativa, histórica y dialéctica que existe entre las naturalezas humana y extrahumana” (Moore, 2020, p. 22).

El *Oikeios* puede entenderse mejor con la expresión “naturaleza-como-matriz”, es decir, como el continuo que conforman naturaleza-sociedad en tanto totalidad relacional. Desde esta perspectiva nos alejaríamos de lo que Moore denomina la “aritmética verde” que maneja cierta izquierda ecologista cuya fórmula sería Sociedad+Naturaleza, y nos insertaríamos en un nuevo paradigma cuya fórmula sería más bien Sociedad=Naturaleza, lo que, en principio, nos ayudaría a encarar conceptualmente la nueva era de forma más acertada. Desde esta perspectiva, asumida de igual modo por Maldonado, vemos cómo “los factores ambientales pasan a considerarse sujeto activo con impacto social. De manera que la historia no la hacen solo los seres humanos, sino también recursos tales como el agua o el carbón” (Maldonado, 2018, p. 17) y por supuesto, también los virus.

En el ocaso de la despreocupación cósmica, se confirmaría la “coevolución de la naturaleza y la sociedad” (Maldonado, 2018, p. 9) en detrimento de la oposición humano/naturaleza, lo que redundaría en una concepción alternativa de la propia naturaleza, en la cual no cabría ningún atisbo de romanticismo naturalista. La naturaleza dejaría de verse como escenario del devenir humano, como la suma de los bosques, mares y montañas, y se convertiría en una constancia absoluta que latiría de igual modo en el hormigón de las fábricas, en los parques eólicos o en los motores de nuestros coches.

Así, resultará que “la naturaleza no se puede salvar ni destruir, solo transformar” (Moore, 2020, p. 34), con lo que solo nos restaría, según Maldonado, “abrazar esta *mezcla socionatural* en lugar de resistirse a ella mediante la invocación de una pureza inexistente” (Maldonado, 2018, p. 42), y sumergirnos de este modo en el *Oikeios*. Desde aquí estaríamos preparados para asumir la influencia antropogénica como inevitable, y solo restaría discutir acerca del modo en que la inevitabilidad se incrusta en el destino del planeta.

2. Capitaloceno: el relato cultural

La era de la emergencia climática nos entrega como eterna verdad la interdependencia de lo humano y su entorno. “Toda vida crea un medioambiente; todo medioambiente crea vida” (Moore, 2020, p. 34), nos dice Moore. Lo que significa que la creación de nicho es inevitable. Ahora bien, si



nos atenemos a los modos en que se ejecuta la transformación y la organización de la naturaleza en orden a la creación de un medioambiente adecuado para el desarrollo de la vida social, podremos constatar que existe una variedad importante de los mismos. En efecto, ya solo “la obtención de alimentos y la creación de familias (...) son formas de creación del medio ambiente” (Moore, 2020, p. 31), y por lo mismo podríamos considerar con Moore, que la mismísima *Bourse* de Ámsterdam en 1602, o la de Wall Street en 2021, serían en sí mismas una “forma de organizar la naturaleza” (Moore, 2020, p. 168).

Si las sociedades de cazadores-recolectores tenían su propia ecología entendida como “el conjunto de diversas relaciones entre especie y entornos” (Moore, 2020, p. 235), el capitalismo, como un modo muy concreto de gestionar recursos, ordenar y explotar la naturaleza, las especies y los individuos de alcance mundial, sería una ecología-mundo que posee como característica sobresaliente un clima alterado que pone en riesgo la propia supervivencia de todas las sociedades, sean estas capitalistas o no. El capitalismo, por tanto, no sería un sistema social que tuviese su propio régimen ecológico, sino que sería *en sí mismo* un régimen ecológico, pues su razón de ser —la acumulación— no sería meramente un proceso con consecuencias medioambientales, sino más bien “una forma de enlazar las naturalezas humanas y extrahumanas” (Moore, 2020, p. 29).

Este régimen, según Jason Moore, tendría su momento fundacional en el año 1492, el cual consagraría un cambio epocal, conduciendo al mundo del feudalismo al capitalismo a través del *modus operandi* característico de este último, la colonización del espacio. Porque, en efecto, fue la expansión geográfica lo que “hizo posible la transición al capitalismo” (Moore, 2020, p. 61). El descubrimiento y la posterior colonización del continente americano por parte de los europeos supuso un alivio a las crisis ecológicas periódicas que sufría el feudalismo, que debía responder a un continuo incremento demográfico con unas menguantes extensiones de tierras productivas. De este modo, la ampliación de las zonas de influencia de las grandes potencias europeas a través del ejercicio del poder y el estímulo que suponía la acumulación de recursos naturales, estableció un nuevo orden global y globalizador “definido por el movimiento de frontera” (Moore, 2020, p. 163).

A través de la conquista de nuevas fronteras —que Moore divide en horizontales (absorbiendo continentes) y verticales (minería)—, “vastas reservas de los dones gratuitos de la naturaleza eran cercados, apropiados, y puestos a trabajar en el circuito global del capital” (Moore, 2020, p. 173), lo que, unido a la explotación de la fuerza de trabajo de mujeres y esclavos, permitió al nuevo sistema capitalista lograr establecer su quintaesencia, “la creación de formas de Naturaleza Barata” (Moore, 2020, p. 237). Y es que la única manera de sacar un rendimiento económico de la explotación de los recursos, de beneficiarse de una plusvalía de la naturaleza, es lograr que esta sea *barata*, aún a costa del expolio. Pero el capitalismo, en este círculo vicioso que va del deseo de acumulación, pasando por las crisis de recursos, hasta llegar al expansionismo colonialista, posee en sí mismo un problema estructural terminal, y es “que la demanda de Naturaleza Barata por parte del capital tiende a aumentar más rápido que su capacidad para asegurarla” (Moore, 2020, p. 237), y esto debido a que “las principales fronteras mercantiles se han agotado” (Moore, 2020, p. 252).

El ser humano, bajo el régimen capitalista, ha llegado a los confines del planeta, ha

organizado capitalistamente todos los recursos, todos los medios de producción y todas las fuerzas de trabajo, llevándonos al colapso climático. Por lo tanto, no resultaría ser tanto la especie humana, como el propio capitalismo en tanto “civilización diferenciada” (Moore, 2020, p. 169), el responsable particular del desastre climático, el protagonista de esta nueva era. Tanto es así que podríamos concluir con Moore que “el problema no es el Antropoceno, sino el Capitaloceno” (Moore, 2020, p. 234). Las alternativas culturales que pueblan nuestro mundo vendrían a redundar en esta idea, tanto aquellas que prosperaban antes del envite capitalista como aquellas que a día de hoy sobreviven en sus márgenes.

Y, sin embargo, la evidencia histórica y cultural no parecen ser suficientes para aquellos que se obstinan en hacer prevalecer lo que hemos llamado el *relato de la especie*. Los teóricos del Antropoceno, ejecutando en el orden intelectual el ejercicio colonialista que el capitalismo practica en el orden material, fagocitan el universo conceptual del propio Capitaloceno, incluyéndolo en su relato como mero epígrafe de la “*Era Humana*”. Y es que, según Maldonado, “si combinamos la historia de la especie con la de sus instituciones sociales y económicas, podemos encontrarnos con que el capitalismo parece mucho más ‘natural’ que sus alternativas quietistas”, descubriremos que “ciertos rasgos de la especie la *predisponen* a organizarse de un modo capitalista” (Maldonado, 2018, p. 18). Este será el leitmotiv del relato de la especie.

3. Antropoceno: el relato de la especie

Sin desmerecer las verdades que pueda poner de relieve el marco teórico del Capitaloceno, el Antropoceno está siendo capaz de imponer su relato incurriendo una y otra vez en la falacia de la generalización. “Si el capitalismo” —razona el teórico antropocénico— “en su afán acumulativo y expansionista nos ha traído hasta aquí, pero son los seres humanos los que *hacen* el capitalismo, entonces” —concluye— “el responsable debe ser la humanidad”.

En un juego de engañosas abstracciones, el Antropoceno toma la humanidad como la mera suma de las individualidades culturales y *subjetuales*; es por ello que, en lugar de situar el momento fundacional de nuestra era en 1492, lo tiende a situar en la revolución neolítica, en el hito que supuso el dominio del fuego. De este modo, bajo las premisas antropocénicas, existiría una solución de continuidad entre el descubrimiento del fuego y los nuevos *fuegos* que arden en los pozos petrolíferos, desde el hombre primitivo entrechocando piedras en su caverna al hombre moderno perforando yacimientos. En efecto, pareciera que hubiese un sutil hilo trenzado en la historia, que nos ha traído inevitablemente el calentamiento global, la sexta extinción, la covid-19, etc.

Ese hilo sería la mismísima naturaleza humana, pensada desde el marco teórico del Antropoceno, y por eso su propuesta no es tanto histórica o cultural como antropológica; para explicar el orden actual, teóricos como Maldonado acuden a la postulación de una “antropología alternativa” que tiende a naturalizar los aspectos culturales capitalistas. De esta manera, y asumiendo, como vimos, que la especie humana se adapta al entorno transformándolo inevitablemente, da un paso más allá e incorpora en la inevitabilidad el modo capitalista de adaptación.



Para Maldonado, “por desgracia, resulta imposible que la especie humana habite el planeta sin transformarlo y sin dañar con ello a otros seres vivos” (Maldonado, 2018, p. 142). Desde su propuesta antropológica, se presenta “el dominio de la naturaleza como una necesidad adaptativa, una inclinación que responde al modo de ser de la especie” (Maldonado, 2018, p. 83), algo que “no parece ser tanto el producto de una decisión como el de una necesidad” (Maldonado, 2018, p. 94). Así pues, todo el desarrollo explicativo capitalocénico no sería más que la pormenorización de lo que en última instancia sería el Antropoceno. Pues “la óptica de la especie enfatiza el impulso universal hacia una adaptación agresiva” (Maldonado, 2018, p. 33), casualmente de rasgos muy capitalistas, a través de un largo proceso de colonización y transformación, “producto del particular modo de ser de la especie humana” (Maldonado, 2018, p. 50).

En resumidas cuentas, nuestra adaptación agresiva impulsada por nuestro afán expansionista, conduce inexorablemente a la globalización de la explotación de especies y entornos, a la colonización de espacios y de otros grupos humanos; conduce así al capitalismo global, y “constituye un error, por tanto, denunciar la colonización humana del planeta como si fuera algo ajeno a la naturaleza misma, cuando no deja de ser un proceso mediante el cual ella trabaja sobre sí misma mediante la cultura humana” (Maldonado, 2018, p. 95).

Por lo mismo, es un error denunciar al sistema capitalista, a su modo de producción y explotación, como causante directo del cambio climático, pues eso sería como denunciar al león por cazar gacelas, o al olmo por no dar peras. “No podríamos haberlo hecho de manera muy distinta” (Maldonado, 2018, p. 83) sentencia Maldonado. El relato de la especie tiene, como vemos, la virtud de justificar los desmanes de la cultura capitalista al imputárselos directamente a los individuos humanos como totalidad, en una perversa psicología inversa por la cual, a todo aquel que se le ocurra denunciar los males del capitalismo, se le pueda terminar tildando de misántropo.

Aún con todo, llegados a este punto en el que pareciera que la bifurcación de los dos relatos se ha vuelto inapelable, sus caminos intelectuales vuelven a cruzarse en una zona hartamente pantanosa: su valoración del papel que juega en esta historia la tecnología y la revolución industrial. Ambos relatos se asociarán en una campaña de blanqueo del problema tecnológico, infravalorando su importancia en el colapso climático y sobrevalorando sus capacidades para sortearlo.

4. Tecnoceno: un tercer relato

Existe una tendencia valorativa, muy arraigada en nuestra sociedad desde mediados del siglo pasado, a considerar la tecnología desde una perspectiva utilitarista que la situaría más allá del bien y del mal, en una zona neutra sin capacidad para generar más valores que los del fin al que es encauzada por el uso que de ella se hace. La energía nuclear, los combustibles fósiles, toda la industria que soporta su producción y extracción, así como el tipo de vida que sostienen, no serían intrínsecamente malas, ni poseerían, según Maldonado, ningún “rasgo antihumano con efectos alienantes” (Maldonado, 2018, p. 38). “La creación de un mundo social donde los artefactos, de las casas a los coches, gozan de especial protagonismo” (Maldonado, 2018, p. 90) sería el modo en que el ser humano se adapta al medio. Y es que “la técnica es rabiosamente humana” (Maldonado, 2018, p. 38), motivo por el cual resultaría insensato acusarla de ser la principal causa de la degradación

medioambiental.

El propio Jason Moore, como gran parte de los internacionalistas marxistas, consiente en esta línea de pensamiento cuando afirma que “si bien la industrialización del siglo XIX seguramente aceleró la degradación de la naturaleza, esta línea de razonamiento, en su concepción estrecha, atribuye un peso indebido al progreso tecnológico” (Moore, 2020, p. 35). Así, “la Revolución Industrial es importante” —concede— “pero el problema central es el imperialismo” (Moore, 2020, p. 271), por lo que termina concluyendo que “fue el capitalismo, y no la industrialización por sí sola, el verdadero culpable” (Moore, 2020, p. 45). Y sin embargo no hubo, no hay, ni puede haber capitalismo sin tecnología.

La condicionalidad tecnológica del capitalismo es innegable y basta para confirmarlo con atenernos a su devenir histórico. Ha sido exclusivamente a través de la tecnología que el capitalismo ha podido realizar sus “movimientos de frontera”: primero horizontalmente a través del barco y el ferrocarril que le permitió colonizar nuevos territorios, segundo verticalmente a través de torres de perforación para la extracción de combustibles fósiles y, en tercer lugar, lo que podríamos llamar la *frontera ontológica*, donde la biotecnología se erige en la panacea neoliberal. Si, como vimos, a día de hoy la mayoría de las fronteras están agotadas, las biotecnologías y su poder para alterar genéticamente alimentos y animales, abren una dimensión fronteriza de insospechada profundidad.

El agotamiento, nos advierte Moore, “es la otra cara del `auge`” (2020, p. 249). Pero en un alarde de *tecnoutopismo*, los antropocénicos se preguntan: “¿y si la capacidad transformadora del ser humano logra ir aumentando el grado de sustituibilidad del capital natural?” (Maldonado, 2018, p. 53). De alguna manera, en una especie de dialéctica perversa, resultaría que el aparato científico-tecnológico que aceleró la degradación de la naturaleza se postularía como la última esperanza para la sostenibilidad de la misma. Pero la perversidad es mero efecto de un erróneo diagnóstico por parte Moore —la precedencia del Capital respecto de la Tecnología—, cuando en verdad, si sostenemos la tesis inversa, la del Tecnoceno —a saber, que el problema es el régimen tecnológico—, no habría lugar para juegos dialécticos.

Entonces, el problema es que para Moore las distintas revoluciones científicas “fueron los momentos simbólicos de la acumulación primitiva, creando un nuevo sistema intelectual cuya presunción, personificada en Descartes, fue la separación de los humanos del resto de la naturaleza” (2020, p. 236); es decir que, para Moore, las revoluciones científicas, que se desplegaron bajo el paraguas del clásico dualismo cartesiano, no serían más que mera “praxis mundial del capitalismo temprano” (2020, p. 236), esto es, sería el propio capitalismo en su desarrollo quien “forja nuevas ideas sobre la naturaleza” (Moore, 2020, p. 166); en concreto la idea cartesiana de Naturaleza como entidad separada de lo humano.

En estas coordenadas, el aparato científico-tecnológico no sería visto más que como la coartada con la cual el capitalismo se expande y se perpetúa. Es más, Moore llegará a afirmar —y aquí reside su *tiro errado*— que la separación de la humanidad y la naturaleza, que sostiene el andamiaje conceptual en que prospera el capitalismo, “comienza en la era de Colón” (Moore, 2020, p. 271). Pero nada más lejos de la verdad.



Moore interpreta como suceso histórico coyuntural lo que resulta ser un proyecto ontológico milenarista. Y es que ni la acumulación es el motor de la historia de nuestra era, ni el capitalismo funda el dualismo cartesiano que alimenta el aparato científico-tecnológico. Este “supuesto de una naturaleza externa ilimitadamente tolerante” que, según Sloterdijk, “proporcionó a la despreocupación cósmica de los seres humanos tras la Revolución Industrial una vida más larga” (Sloterdijk, 2018, p. 19), tiene su momento fundacional en el siglo V a.C. con el platonismo.

El *horismos* instaurado por el filósofo griego, esa ruptura ontológica que supuso el dualismo entre el mundo de las ideas y el sensible, es el verdadero motor del devenir de esa relación agónica que mantiene el ser humano con la naturaleza. El capitalismo solo sería el último renglón torcido en ese devenir, que ha venido tomando las formas más diversas, desde la religión cristiana, hasta el auge del racionalismo positivista cartesiano. Porque, en efecto, existe un sutil hilo trenzado a lo largo de esta historia que nos lleva desde el platonismo hasta la baconiana máxima positivista de “el conocimiento es poder”, pasando por el *adagio* bíblico “llenad la tierra y dominadla” (Génesis 1:28).

El conocimiento científico-tecnológico es el poder con el cual el ser humano domina la naturaleza en tanto exterioridad, y en el desarrollo histórico de este largo proceso, vemos aparecer al capitalismo como sistema de organización de la naturaleza, un sistema óptimo que parasita por el proyecto positivista. El propio Jason Moore parece acceder a esta intuición cuando, aún a riesgo de contradecirse, afirma que “la naturaleza no pudo ser categorizada como ‘barata’ hasta que fue representada como externa” (Moore, 2020, p. 236).

Y es que, efectivamente, antes de articularse como reserva de recursos a explotar capitalísticamente, la naturaleza tuvo que ser desalojada de la autoidentidad humana; tuvo, por tanto, que ser objeto de una mirada que la valorara como externa, y con ello, susceptible de ser dominable.

Conclusión

Si el capitalismo es la explotación material que ejercen los individuos sobre sus iguales, el racionalismo tecnocrático sería la opresión mental que se ejerce sobre los individuos y la naturaleza. El Tecnoceno prosperará mientras siga vivo ese afán obsesivo por evitar la demonización de la tecnología. Esta campaña de blanqueo tiene como principal slogan el concepto de “hibridación” entendida, según Maldonado, como “la recombinación que resulta después de que procesos y artefactos de origen humano hayan ejercido un grado variable de influencia sobre procesos y seres naturales” (Maldonado, 2018, p. 44). Una campaña tan potente como para que teóricos tan críticos como Jason Moore consientan en aportar su propia maquinaria teórica elaborando conceptos como *Oikeios*.

Y es que el triunfo del Tecnoceno es hacer pasar por naturaleza aquello que es su destrucción. Cuando Moore habla de “coproducción con la naturaleza” (2020, p. 235), cuando Sloterdijk, en línea con Maldonado afirma que en ese camino nuestro mundo “podría convertirse en un planeta híbrido en el que fuera posible más de lo que creen los geólogos conservadores”

(2018, p. 28), cuando la naturaleza deja de ser los árboles, las montañas, los ríos y los mares, para ampliarse hasta incluir fábricas y aeropuertos, entonces la crisis climática alcanza su cénit y la naturaleza se encuentra definitivamente arruinada. Y es que, si no sentimos que con la hibridación de esta neonaturaleza algo de enorme importancia se está perdiendo, entonces todo está perdido. La naturaleza está en peligro cuando dejamos de pensar en ella.

Nosotros, a diferencia de Moore o Maldonado, pensamos que la naturaleza —lejos de ser una abstracción romántica— se muestra como una concreción indeleble en su materialidad animal, arbórea o acuática, y que la verdadera abstracción es pretender que naturaleza es todo, incluido el plástico que puebla los mares. La naturaleza en sus concreciones puede ser —y por desgracia lo es— destruida (y no únicamente transformada). Lo que hace precisamente nuestra era del Tecnoceno —que como cultura diferenciada regula capitalistamente la naturaleza— es destruir la naturaleza *holocénica* que permitió el surgimiento de las sociedades humanas.

Por eso, lo que realmente importa es hacer nuestra la proclama que precisamente realiza Jason Moore: “construir narrativas de *longue durée* como si la naturaleza importara” (2020, p. 38). Convenimos con Moore en que “Naturaleza” es “la palabra más peligrosa” (2020, p. 272), pero también creemos que si no salvamos la palabra tampoco la salvaremos a ella. Por eso afirmamos que el concepto de Naturaleza es imperativo, es importante y es irrenunciable como ámbito o reserva utópica. La naturaleza, si puede destruirse, entonces puede salvarse, y será la propia naturaleza nuestra última esperanza de salvarla. ●

RELACIONES INTERNACIONALES

Revista académica cuatrimestral de publicación electrónica
Grupo de Estudios de Relaciones Internacionales (GERI)
Universidad Autónoma de Madrid, España
<https://revistas.uam.es/relacionesinternacionales>
ISSN 1699 - 3950

 facebook.com/RelacionesInternacionales

 twitter.com/RRInternacional

